

J u v e n c i o V a l l e

El hijo del guardabosque

E d i t o r i a l N a s c i m e n t o

El hijo del guardabosque

En este país tan rico en bellísimas plantas, es imposible reprimir el deseo de hacerse botánico.

A. CALDCLEUGH.

OBRAS DEL AUTOR

TRATADO DEL BOSQUE, Nascimento, 1932.



J u v e n c i o V a l l e

el hijo del
guardabosque

E d i t o r i a l N a s c i m e n t o

S a n t i a g o 1 9 5 1 C h i l e

Es propiedad
Inscripción N.º 13865

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

N.º 2513

Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento
:: San Antonio 240 ::
Santiago de Chile.—1951

María:

*codo a codo contigo
por trigales y pámpanos.*

Mi vida hecha a pie es todo un himno
al Sur de Chile, a sus tempestuosas campanas:
todas entrelazadas por un mismo hilo trémulo,
echadas a vuelo limpio por una misma mano,
estremecidas todas para una misma fiesta.

EL HIJO DEL GUARDABOSQUE

I

Ahora me mojo las manos con agua de la tierra
—tiene hierro y azufre esta agua de las raíces—
para que la barba me crezca dura y pura,
para que mi pecho zumbe sonoramente y tenga
resonancias de bronce o de verde campana.

Hoy me siento capitán celeste. Caballero
de tierra adentro, pastor de árboles y bestias;
yo ordeno los colores, recuento los aromas,
y animoso levanto con mis sencillas manos
una columna al agua, un monumento al iris.

Sueños de oro me queman. Más que un leño
arden mis estancias secretas; aquí florecen
como una selva hirviente mis maderas;
irrumpen por mis cuatro costados las raíces,
la tibia mano del sol me condecora
o me atraviesa como a un cristal alegre.

Puedo decir que hoy llego: todavía mi origen
tiene sus pies hundidos en el glorioso barro
de que fui hecho; corre aún por mi pulso
esa leche vital que la tierra prodiga;
del barro oscuro vengo: todavía me duele
el cordón umbilical que me ata al surco.

De muy abajo vengo. Como el trémulo trigo
(en lo profundo escondo la inmaculada harina);
trepando he hecho el viaje como la clara uva
(en mi callada sangre canta el vino);
en la raíz me afirmo, ella es mi Biblia
(Puesta la oreja en tierra aun la escucho).

II

Mis cicatrices dicen del capitán que he sido.
Me he barajado como un ser extraordinario;
he e xtraviado mil veces la ruta; desde el polvo
otras tantas la he vuelto a comenzar; el olvido
me ha cubierto de sombras; con caprichosa mano
el azar, tantas veces, me ha traído y llevado.

Confuso me detengo. Perplejo me contemplo:
 tantas bellas heridas que adornan mi pasado;
 tantos graves peligros que acecharon mi vida.
 A flor de pecho ostento, como en un frontispicio,
 con soberbia y orgullo todos mis descalabros.

Vértigos, soledades, invasiones, arranques,
 vida de tierra adentro, cautelosa e inquieta.
 Largo puñal al cinto, ronco cuerno de caza.
 Combates cuerpo a cuerpo con la noche.
 Conversaciones largas con la tierra.

Aquí pulmones y alas hacen este universo.
 Sendero arriba y canto adelante voy conmigo,
 y un pie primero y en seguida el otro
 llego hasta el río: lo atravieso a nado;
 escalo el monte: domino así la tierra.

El tiempo me ha tatuado como a un árbol.
En mi piel ha dejado la huella de su paso:
fuí príncipe y mendigo; soñé como los niños:
lloré como los hombres de bruces en el barro;
y hoy, en este crucero, recuento mis empresas:
heridas y derrotas las gané mano a mano.

Pero esta hiel y miel así entrelazadas
templaron bien mi acero. Proseguí mi camino
tenaz como la hormiga. Avancé paso a paso
por oscuros senderos. Arrastré la bandera
sin renunció ni miedo.

Le dí seguro abrigo
en lo más alto y puro de mí mismo.

III

Yo no tengo recursos ni tácticas. Soy puro,
límpido y primitivo, azul como una égloga;
no tengo ocultas ciencias, la pura luz del cielo
con su índice florecido me favorece.
De repente su ramo mágico me signa
y soy entonces el pastor bienaventurado.

Si me voy de aventuras, voy como soy: desnudo
sin brebajes ni anillos, sin manes tutelares.

Voy cantando y soñando como quien va por agua,
como quien va a cortar la flor del alba:
como por tierra propia y conocida me nuevo.

Si de miel me alimento, para mí todo tiene
sentido de dulzura, y todo me lo explico
a base de optimismo. Afino oído y arpa
y es como si mis hombros florecieran,
como si en mi garganta cantara el agua.

Soy el nombre que ara desde el alba a la noche;
el pastor trasnochado de música y rebaño;
el sencillo carpintero con olor a virutas;
o el viejo evangelista que se sabe la Biblia
y en estado de gracia la canta en las esquinas,
explicándose a su modo la dirección del viento.

Cuando quiero alzo mi torre a los espacios
para coger el ramo señero. Alzo la frente
para beber la luz que me viene de arriba.
Oficiante de eternidad llevo a mi boca
mi pequeña poción de leche agria.

Por eso es que puedo cantar como el águila:
de pie en mi silencio, como sobre una roca,
tembloroso de azul; por eso puedo
escarbando en mi propia madera silenciosa
desatar las primarias gargantas de la tierra.

Porque libre me sé. Porque a nadie le debo
el sorbo de agua. Y es mía la serena
embriaguez que me embarga. Arquitecto cumplido
mi clima para vivir lo hace mi mano,
y si mi ruta es dura asísteme el orgullo
de sobrellevar cantando mi pesado madero.

IV

Para hacer bien el canto pulso afanosamente
los grados de la luz, el declive del agua.
Me introduzco en la noche, palpo su arboladura;
batallo con el alba: le extraigo sus rosales.
Sacrifico a los dioses: con decidida mano
vierto sangre celeste. Llevado de mi fuego
y enfermo de belleza, asesino a los iris.

¿Refinamientos? Sí, pero refinamientos
 del agua herida que de golpearse sangra.
 ¿Refinamientos? Sí, pero los del diamante,
 tenaz en su pureza orgullosa y radiosa.
 ¿Refinamientos? Sí, pero los del artífice
 que en cada creación deja una lámpara.

Y ya en trance de cantar, no agrío el ceño.
 de mi limo escondido no extraigo la desgracia
 ni remuevo en su fondo los funerales ramos.
 Si mis raíces lloran, con afinadas manos
 enciendo la guitarra. Feliz voy a los coros
 de la pajarería. Bajo las copas brindo
 y el vino corre alegre por mi sangre.

Corre como la vida: salpicado de tierra,
 sangriento de amapolas, perfumado de aceites.
 Poderoso y violento: porque como las savias
 revienta en nuevos brotes. Porque como las flechas
 tiene sólo un destino: herir en pleno pecho.

El sol besa la tierra: ella, loba sumisa,
da sus opimos frutos. Insurgen macho y hembra.
La manzana sonríe. Toca su cuerno el viento.
Las bestias se reclaman urgidas y celosas
y Amor—desnudo y libre—atiza el fuego.

V

Cuchillo en mano voy. Cuidadoso lo a filo
al borde de las piedras. Pero mi buena vida
la labro con mis uñas. Tengo por herramientas
mis acerados dedos. Con paciencia levanto
los verdes campanarios que me dan techo.

No pacto con el diablo. Prefiero valeroso
combatir cara a cara. Con mi luz vacilante
me doy sobrados ánimos. Defiendo como puedo
mi orfandad armoniosa. Y es mío solamente
lo que mi instinto toca con su báculo ciego.

Cantando fuí, y heme aquí como hoy vuelvo
sin mi laurel soñado: herido y viejo.
Mi ruta fué tan larga. Anduve mucho, pero
no arribé nunca. Y hoy estoy de regreso
saturado de noche, perdido en el vacío
sin la cosecha heroica que soñé hacer al alba.

Pero, mientras más duro el pan y más salado,
más puras las esencias. El ramo levantado
es más laurel y palma. La rosa conquistada
es más nuestra. La piedra del camino
es más blanda y propicia para el sueño.

VI

Treinta años en este laberinto, a pie ligero,
de vaivén en vaivén, de zozobra en zozobra;
por colina y colina de verde a verde voy;
la mano en el bolsillo y el silbo ensimismado,
huyendo de poblados, de iglesias y cuarteles
como un bandolero temeroso y hermoso.

Comiendo de soslayo mi pequeño pan bíblico,
sin conocer correos, retenes, intendencias;
enteramente al margen de las formas civiles,
sin nombre, sin prestigio, sin títulos camino
como pez debatido de baranda en baranda.

Por aguas y por rieles. Por puentes suspendidos.
Por coches vacilantes, como la luz pasando
por el musgo sin huellas. Por recodos fluviales.
Por auroras dormidas levantándose apenas.
Por mundos desvelados. Por máximos extremos.
Por flujos y reflujos y de lumbré a deslumbre.

Y yo mismo me contemplo a pie desnudo
rondando por la selva. Verde el pelo caído,
el pecho florecido de líquenes. Las manos
como zarcillos ágiles. El talón movedizo
como la hoja suelta que el viento arremolina.

Tanto rodar y rodar tierras, cubierto
de celestial rocío. Del perfumado polen
que los ámbitos llena. Tanto llevar consigo
mi cortejo de astros. Esas yemas latentes
que como un sueño espeso me signan y coronan;
ese sol poderoso que mi historial alumbra.

VII

Escudriño mis pasos. ¿En dónde estoy? Me digo.
¿Qué manzanar es éste? ¿En qué viña me muevo?
¿Qué ángeles me habitan? ¿Qué amables lunas llenas
entran a mis estancias? ¿Qué templos de Salomón
me acogen bajo sus vigas de cedro perfumado?

Hablad, señor alcalde del bosque en primavera:
¿será esta mi casa con balcones y flores?
Después de tanto rodar y tanto laberinto
receloso pregunto: ¿será esta mi casa levantada
desde raíz a copa a la orilla del mundo?
Señor Gobernador del Cielo: ¿será esta
mi gruta fabricada de suspiros y lirios?

VIII

Hoy vuelvo a mí como aquel que en el sueño voló muy alto, y anduvo por años suspendido entre celeste y mágico, para caer de golpe en tierra dura. Ahora, al fin me reintegro a mi viejo redil; retorno como la oveja que de andar descarriada perdió vellón y albura.

Hoy veo limpio y claro. Ninguna luz me ciega,
ni siquiera el reflejo de las hundidas lámparas
del ser. Con el duro reverso de la mano
limpio mis ojos: todo lo siento transparente.
Veo mi oscura arcilla y sé que ella florece
solamente en contacto vivo con la tierra.

Me he hecho al fin hermano de mis hermanos.
Ellos, perros sarnosos, surgidos del camino
entre las duras piedras; viviendo en ratoneras
junto a las bestias. A golpes de carabinas
les ultiman sus hijos.

Hijos de perro y perra,
son rudos, pobres, tristes. No son azules.

* Ellos son mis hermanos, con ellos me realzo;
con ellos puedo ahora caminar codo a codo.
Un mismo rojo vínculo de sangre nos hermana;
una misma cadena nos unce cuello y alma
y hasta un mismo furioso badajo nos congrega.

Ya puedo gritar alto con la mano en bocina:
Venid, pechos velludos, manos ennegrecidas
en las duras faenas. Junto a vuestros sollozos
me arrodillo:

me sé indigno para vosotros.

Y quién puede ahora impedir que yo duerma
encima de las eras, teniendo por almohada
gavillas y relinchos. Me llaman los arados,
el grave buey me lame. Tendido sobre tierra
ya pueden confundirme con los tubérculos.

Puedo marchar en paz con mi conciencia,
palpando las espigas, oliendo los barbechos;
me sé lleno de fuerzas, ceñido por el vaho
caliente de los surcos. De los agrios corrales
salgo fortalecido. Me protegen los brazos
de los legítimos hijos de la tierra.

No soy extraterrestre. Soy de modesta arcilla.
No tengo halo ni luz, no llegué descolgado
de un hilo celestial, ni me circunda un aura.
Más que hogueras celestes mis raíces requieren
tierra de sembradura. Por mi turbión espeso
van disueltos metales, cantan sonoros yunques,
un río de arenas rojas atraviesa mi sangre.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

I X

Aquí tendido puedo leer la vieja Biblia.
Caín mató a su hermano. Abel fué muerto.
Esto fué en el principio. Y desde entonces
guerra contra el hermano. Pólvara y hierro
contra Abel. Que el hacha caiga implacable
sobre los hombros débiles del justo.

Caín, el que mamara humana leche, hoy lucha a fieras dentelladas. Traidoramente salta al cuello del hermano. Hace zumbiar al aire la quijada homicida, a mordiscos conquista su sangriento baluarte: sonríe satisfecho de pie sobre la sangre caliente del hermano.

Desde el principio sangre. Desde el principio muerte a traición. Para que nunca se alce el varón legendario.

De noche y por la espalda muere y cae el iluso. El soñador que cree que la tierra es de todos. Aquel que la trabaja con sudor y con lágrimas. El viejo jardinero que con pasión la cubre de rosales, aquel que la embellece con la cal de sus huesos.

X

Ya por las tardes cuento mis amadas monedas.
Las que acuña el olvido. Mi dinero que cae
sonando en el vacío. Mi plata cristalina
como el agua escondida. Todo mi viejo oro.
Y a cara o cruz lo juego, y así me voy quedando
más huérfano y más pobre cada día.

Vino el amor, a veces, a tocar a mi puerta.
Vino cual una niña de cristal o de cuento.
Con muchas albas claras, con cintas y con ramos,
con halo ultrasolar y radiador anillo,
con cariñosos y grandes guardapelos al pecho.

Pero yo el hombre de barba áspera nunca supe
jugar con dedos finos. No doblé la rodilla.
Receloso y huraño avizoré de lejos
el peligro y el vértigo. Cerré bien los ojos
y amarrado al silencio no despegué mi lengua.
Silencié la campana del corazón aislado
y, ajeno como siempre, proseguí en el olvido.

Qué sé yo de extranjeras y finas porcelanas;
qué me dice a los ojos el organdí rosado,
cuándo rocé siquiera la tenue muselina;
la hebilla nacarada cuándo brilló en mi cinto,
cuándo ciñó mi dedo la señorial sortija.

XI

Soy callado y lejano. Voy precipicio adentro
sin detenerme nunca. ¿En qué fugaz momento
estoy conmigo? Vivo en perenne ausencia.
¿Regresaré algún día? ¿En qué caballo vuelo?
¿Alguna vez mi mano saludará a mi mano?

Mi pensamiento suelta sus escalas mayores
y por ellas se descuelga hacia otros patios.
Y qué inmensos y qué fríos ventisqueros,
qué tímpanos profundos, qué pozos escondidos
encuentro al otro extremo de mis muros.

Repúblicas despiertas de sonoras silvas,
hombres de luz en luz o de volcadas lámparas;
guerreros lis en alto, de espada transparente;
ciudadanos desnudos como una flor, caminos
que van como por rieles, tulipanes llovidos;
cuadrigas que galopan entre revueltos pámpanos.

XII

Sin embargo, mi amiga, mi dulce y buena estrella,
ante ti me arrodillo y me confieso. Te digo:
ven a mí, entre todas, te contaré mi historia:
Soy un dios solitario y voy sin rumbo,
pero hace más de cien años que te busco.

Soy pobre cual la hormiga. Ando desorientado,
 carezco de hacienda, no tengo luz ni guía;
 un huracán me arrastra. Pero contigo juro
 repechar el destino, erguir mi vieja torre,
 sostener mi columna a fuego y lodo,
 purificarme como una piedra bajo la lluvia.

Silencioso agradezco tu solicitud y arrimo.
 ¿Qué nombre he de ponerte? Te diré yerbabuena,
 loba de leche azul, celosa y cariñosa fiera;
 te diré pan de la casa, dulcísima levadura;
 te diré, enamorado, bálsamo de mi herida.

Y qué me importa ya ser mudo y ser ciego
 si vamos, codo a codo, por trigales y pámpanos
 como una sola cifra, de jornada en jornada,
 hollando caminos vírgenes, durmiendo a la descampada
 en cualquier rincón oscuro de la noche.

Dame a beber, te digo, y juntas tus breves manos
y del agua de la peña me ofreces. Y qué fresca
su nieve azul me entra y me transfigura.

De inmediato soy otro. Cual si fuera tocado
por un anillo mágico, me descubro vestido
de púrpura silvestre. En mi embriaguez me veo
tal cual un poderoso dios agreste.

Y apenas si soy el hijo del guardabosque
sin destino ni oficio. El que de correrías
va por los aledaños; ronda en los extramuros;
yerra como los pájaros de torre a campanario,
y que—curado ya de estrellas y relámpagos—
junto a tu umbral florido entrega su oro.

Te aliso el largo pelo, con música y abejas;
una rosa escarlata te prendo en la cintura;
pongo una flor de incendio entre tus dedos;
te arreglo la sombrilla de espuma transparente
y con ramos olorosos preparo el lecho.

Te beso frente al tiempo, apenas apoyado
en un hilo de luz. Mas, qué apretado lazo
me amarra a tu costado. Qué poderoso nudo
de sangre hago contigo.

Tu vida con mi vida
en roja y fuerte alianza, en adherido sello,
es un juntar vehemente de herida con herida.

XIII

Renuévate en retoños. Que jubilosos juncos trepen por tus rodillas. Que tus oídos oigan el rumor de la selva. Al mirar por encima de enramadas y pájaros, que tus ojos ignoren dónde acabe la rama y dónde tendrá comienzo el desbordante bosque que formarán tus hijos.

Que la leche te invada. Así como el aroma
a la flor entreabierto. Así como a los tallos
los néctares ocultos. Que a tu garganta afluyan
susurradoras silvas. Que tus brazos recojan
el vaivén las copas. Amamanta a tus hijos
al abrigo del mundo. Cuida tu airosa estirpe
cual encendida diosa o temerosa loba.

 Macho y hembra los quiero: tronco y rama.
Roble y enredadera. Vaya nuestra simiente
a repoblar el bosque, a levantar el techo
del laurel encendido. A encandilar el fuego
del lirio campesino. Que vayan nuestros hijos
a cielo descubierto a fundar su arboleda.

Multiplicate en rosas. Flores de oscuros ojos,
que vengan y que traigan amor para el alero.
Hormigas que vigilen el umbral silencioso,
que alimenten el fuego, que cuiden diligentes
el tenue hilo de agua, que mantengan en alto
la lámpara encendida, que hilen la suave venda
y amorosas restañen la borbotante herida.

Ellos, para el trabajo tenaz. Para el durísimo batallar cotidiano. Para ir por el surco cultivando el olivo. Para cortar en lo alto la estrella titilante. Para extraer del barro la terrenal cebolla. Para coger al vuelo la nimbada manzana. Para apurar la espiga y buscar en el seno profundo de la tierra —mineros desvelados— el blanco de la harina.

También para la guerra. Para tocar a alarma de torre a torrerío. Para avanzar en banda de mar a cordillera. Para ir en escuadra de despeño en despeño. Para formar columnas de durísima piedra. Para morir cantando al pie de nuestros bosques de gigantes laureles.

Así los viejos reyes. Caudalosos de barbas, anchos de pecho, erguidos, rudos, simples, silbando iban de caza, solamente vestidos con sus rústicas pieles. Retemblaba la tierra al paso de esos héroes de pesado machete.

Leones de mi sangre, que defiendan la copa
desbordante. A dentellada limpia que defiendan
nuestra verde guarida; las trémulas raíces
que nos atan a tierra; la roja herida abierta
que mana canto y llanto. La mano sobre el pecho
que defiendan el bosque hoja por hoja.

XIV

Oh, dulce reino mío. A tu orilla no llegan
los oscuros afanes del hombre. Aquí la tierra
lo purifica todo. Sus vertientes levantan
la orquestación del bosque. Aquí los pájaros
cantan vestidos de rocío. Las heladas estrellas
pesan como zafiros entre las ramas.

Mi templo de comulgar con mi yo distraído;
 mi oquedad silenciosa, refugio en tantos años
 de solemne intemperie, de marchar lengua adentro.
 Mi país crepitante. Mi insurgente república
 lacustre y movediza. Mi reino de la umbría,
 de los sabios vacíos aun no descubiertos.

Aquí pliego y recojo mis alas conturbadas
 y doy comienzo al sueño. Un sueño espeso
 y denso cual una piedra. Aquí la frente cae
 pesada como un mundo. El báculo andariego
 detiene su parábola. Echa fuertes raíces
 el pie que ayer anduvo en loca tolvana.

Y aquí mi lamparita. Mi lámpara de plata
 en donde expongo mi corazón a la lectura
 y letra a letra lo leo, y noche a noche:
 aquí están tus cuentas, tus insolutas deudas,
 corazón presuroso, y aquí la roja página
 que tanto te hizo llorar hasta el alba.

X V

No permitiré que corten mi árbol centenario.
El es mi buena casa. Bajo su toldo sueño.
Junto a él duerme mi perro.

A su lado deponga
toda su ira el hacha. El rocío lo enjoye,
las aves lo celebren. Que los dedos del viento
despierten día a día su glorioso teclado.

n este umbral añoso enciendo la fogata
 caliente mis viejos huesos entumecidos;
 énaseme aquí de tierra el pecho virgen
 la miel, silenciosa, al caer por mis hombros,
 al un alba dorada me viste de dulzura.

y mi música ebria. Debajo de los juncos
 uermo y canto. Muerdo mis bellotas amargas
 observo cómo los brutos lloran, y las bestias
 osas se desmandan. Contemplo los caballos
 tre los lirios húmedos; las ágiles culebras
 diendo leche a largos y angustiosos silbidos.

bservo cómo abunda la miel en los panales
 la cebada tiembla en su pie de platino;
 co cómo desde el aire cernido irrumpen alas;
 alpando la vieja madera me doy cuenta
 mo desde sus oscuros intersticios asoman
 pejos virginales, húmedas broncerías,
 trumentos de magia, bandejas desbordadas.

Descubro el azúcar silvestre entre las plantas,
los ocultos y sabios laboratorios donde nacen
espuelas cristalinas. Lupa en mano examino
el fluir de las poderosas torres naturales,
los candelabros que asoman por debajo del agua.
La oreja puesta en tierra a manera de halo
escucho el poderoso ruido de los volcanes.

Aquí la leche mana caliente de la ubre
tal cual la luz resbala de una lámpara,
y la resina corre como un pez perseguido
por un cauce que avanza desfiladero adentro;
el viento hace sonar sus pálidos platillos
y el sol vuélvese harina entre las piedras.

Aquí sostengo y llevo con orgullo mis huesos,
me yergo en mi estatura total, me desenvuelvo
como el hombre elemental que llevo dentro;
le doy curso a mi sangre, agito la oriflama
de mi pequeña y heroica reconquista.

Y soy como soy. De barro oscuro. Pobre
de solemnidad: desnudo y lleno de vergüenza.
Que mi belleza es áspera. Perfumado de ulmos
viví haciéndome viejo, acumulando arrugas,
llenándome de tierra como los muertos.

XVI

Bosque, dame las llaves de tu escondido reino;
fronda, tu vasto océano de delgadas harinas;
puelche, tu empuje frío, tu caracol sonoro;
río, tu cinturón de ceñir continentes;
noche, tus yunques fríos, tus herreros nocturnos;
cielo, tu permanente asamblea de pájaros.

Tierra, dame la fiesta de tus ardientes iris.
 Topa-topa, tus oros; salvias, tus azulejos;
 copihue legendario, tu purpurina veste;
 chilco de los barrancos, tu faldellín morado;
 michay de los linderos, tu tornasol celeste;
 dondiegodelanoche, tu medallón morado.

Lingue, dame tu sombra suave como de aceite,
 patagua, tu abrevadero de ángeles y pájaros;
 laurel, tus hojas de oro para ceñir mi frente;
 ulmo, tu colmenar de desbordadas mieles;
 coigüe, tu paragüero de horizontales alas.

Araucaria orgullosa, dame tu alta columna;
 roble, tu pecho áspero de gigante y atleta;
 luma, tu acero heroico; quila, tus enramadas;
 boldo, para mis males, tu virginal botica;
 canelo, para mis dudas, tus altares abiertos.

Temuco de la Frontera, dame tu tren llovido;
Carahue zozobranante, tus oxidadas hachas;
Villa-Almagro lejano, tus abiertos diluvios;
Boroa, las leyendas de tus vírgenes rubias;
Imperial, el tesoro de tus aguamaniles;
Budi de los suspiros, dame tu Augusto Winter.

XVII

Crece la oreja absorta. Todo ruido la colma
y le abre puertas. Como una flor desmesurada
su pabellón abierto busca secretas voces.
Los ámbitos son puros, pero en ellos retumba
hasta la propia luz; el silencio es de piedra,
pero, soldado vigilante, el oído lo acecha.

Y gracias doy, porque todavía tengo oídos;
porque soy silencioso; porque siento el deleite
de escuchar; porque en mi mudez oscura
crezco hacia lo profundo; afino bien la oreja
hacia mi muda esfinge. Atentamente escucho
el ancestral lenguaje de mi sangre.

También el ojo crece. Como una fuente inmóvil
todo lo lleva dentro. De su fondo rebalsa
una humedad celeste. Desde su abismo inmenso
la tierra reaparece como para un bautizo:
llovida y transparente, temblorosa de helechos.

Veo la luz, la palpo. La respiro a lo ancho
de la piel saturada. Soy todo brecha clara;
ventana que se harta de sol; gota de agua
que canta. Tierra y cielo en mí caben
como un clavel abierto en mis dominios.

XVIII

La música me invade. Como un agua fluyente
sube hasta mí. Me ciñe entredormido
junto a la noche clásica. Al abrigo seguro
de las altas estrellas despereza su río
de vasto colorido.

Sé que el perfume canta,
que los colores tienen su mágico sonido.

A su caudal me inclino. Rendido y religioso
doy de beber a mi alma. Esta es mi copa
de escanciar y gustar. Aquí es donde sacio
mi sed universal. Donde mejor recibo,
inclinado hacia adentro, todos los altos himnos.

Y Pan, el impetuoso, es quien me ayuda.
Pan, que en el aire pasa como un soplo.
Que agita la hojarasca, que irrumpe repentino
entre una lluvia de hojas.

Pan que atento
pule y labra su música, que teje y entreteje
con temblorosos dedos, su espeso cañerío.

CANTO AL AGUA

El agua azul y limpia y cristalina
nace desde las lindes de tu pelo
y baja, libre, hasta tus uñas finas.

Al agua canto y sobrellevo en vilo,
al agua azul que desvelada crece
desde tus plantas en delgado hilo.

Al agua, al agua limpia canto y digo:
desde mi oscuro abismo te presiento,
aguacopa, aguacielo y agualirio.

Bebe, María, bebe el agua fría,
pon tu boca en su boca, pon tu vida
sobre el deleite de esa rosalía.

Desde tu pie dormido hasta tu pelo
súmate al agua en flor—lágrima viva—
dilúyete en cristalino terciopelo.

Baja tu frente hasta tocar la piedra,
busca llorando la raíz del agua,
búscala de rodillas en la tierra.

SUEÑO DIFÍCIL

Tanto sueño difícil que me toca, digo,
tantos cuchillos claros que me apuntan
y que al mismo tiempo que me hieren
cantan.

Quiero arrancar de golpe,
 busco una buena puerta, una salida,
 un corredor abierto y libre,
 una luz que me ayude, un riel que huya.
 Busco un hacha afilada.
 Quiero cortar por la raíz esta agua,
 este pie que hasta adentro me persigue.

Desde mis ojos caigo como desde una copa,
 como desde un campanario cristalino;
 hoja por hoja,
 de sol a sol como un labriego viejo,
 con azadón y pala
 caigo sonando.

Me alimento de viejas armonías:
 memorias guardadas bajo llave,
 sucesos de provincia,
 epístolas celestes, herraduras,
 árboles centenarios, espuelas rumorosas,
 bautizos,
 helechos y caballos contra el viento.

¿Qué haré con este coche de otro tiempo,
este viejo carruaje detenido,
mohoso y lleno de algas?
¿Con esta enredadera que me inhibe
de peldaño en peldaño, de cargo en sobrecargo?
¿Con esta ciencia de morir callado
entre dos aguas?

Hoy siento este manejo, este porfiado empeño
de una invasión que avanza por mi cara,
de un aire que me amarra:
¡y aquí estoy acumulando tiempo,
cubriéndome de tierra!

AGUA PROFUNDA

Tengo melancolía. Es silenciosa y tibia:
de claridad y hondura estoy herido.
Pienso en mi padre: es alto como el trigo,
fuerte como un David en la colina.

Pienso en mi madre: como un rosal es ella
(florece en mi corazón su rosalía);
cultiva flores y borda en su pañuelo
monogramas que tienen mi corazón asido.

En mis hermanas pienso. Así me digo:
bella rosa del alba, clara luz de este día,
susurradora estela, tránsito de mi vida:
todas en mi corazón están conmigo.

Mis hermanos son libres como el agua.
Van por la vida con su ardiente sino;
gustan palpar la tierra, oler la hierba,
y en vez del oro manejar el lirio.

Torno a mi infancia. Veo un campo abierto,
un alba en ciernes, un insinuado ritmo.
Vuelvo a mi infancia, siento un clima de oro:
todo un vivido mundo está conmigo.

Hacia adentro me miro: la belleza me duele,
que desde raíz a copa sufro y vivo.
Todo me toca en pleno, todo viene
a golpear en mi corazón: estoy herido.

INVITACION A MILLARAY

Cuélgate de mi brazo, te llevaré hasta el puente;
sabrás lo que es un árbol y un molino
y a media milla aún de la herrería
han de salirte al paso
el cántaro silvestre,
la abeja y la lechuga.

Ay, mariposa de oro, cómo duele
 quedarse sin una música en el hombro,
 sin un río en el pelo,
 sin un pétalo.

Para ti busco una cuerda bien tendida,
 desde laurel a torre y desde torre
 a fiesta;
 un hilo con goteras, un alambre
 con remos.

La noche que no venga.
 Que venga, en cambio un coche,
 feliz, feliz, feliz por la alameda;
 un coche de madera
 sonando sus platillos perfumados,
 ardiendo por sus ganchos.

Y un caballo alazán lleno de espumas,
resoplando clarines y suspiros;
el cuello de alto ruedo
y alegre la herradura.

Te abrocharé el zapato,
te alzaré por el aire muchas veces;
te contaré en secreto
donde viven los peces colorados.
«Viven entre las piedras», te diré suspirando,
y tú, llovida y libre, tocarás las campanas.

Ay, que mano más pura te bautiza
debajo de los árboles,
junto al buey que te lame con los ojos
y la raíz amarga, cuya boca
sopla desde lo hondo de la tierra
racimos y campanas.

CANTAR DE CANTARES

Hermosa de mis cantares, tan erguida, tan alta,
tus pechos como críos mellizos de gama,
tus piernas como una humareda blanca,
tu carne al viento como un jardín de canela
y tus cabellos sueltos como manadas de cabras
que todas paren mellizos y estériles no hay entre ellas.

Hermosa de mis cantares, arrullo de mi oído
 cuando mi boca de pastor sopla su flauta,
 cuando me voy al valle y apaciento entre lirios,
 cuando mis ojos de fauno viejo te amamantan
 y el sol te madura los hombros floridos.

Tus muslos como ríos cayendo de golpe
 o como tallos de leche terminados en flores,
 tus orejas redondas como campanas blancas,
 tus talones rosados como la flor del trébol,
 tus uñas como brotes de lámpara
 y tus espaldas como tablas sacadas del cielo.

Qué largo es tu galope saliendo del alba
 y qué fino es el canto saliendo de tu cuerpo,
 y la luz que te fluye sin mancha de pecado,
 y la aurora radiosa que te circunda en lo alto
 son como nimbos puros que te vienen de adentro.

Qué vaso de jugos vitales es tu ombligo
y qué árbol de armonías tu manzano oloroso,
y qué vigas de cedros tus hombros erguidos,
y qué palomas tan dulces y dormidas tus ojos;
qué imponente tu porte de azucena del Líbano.

Qué bueno es tu oleaje de olores imperiales,
el sándalo escogido, el incienso, la mirra,
y el viejo espicanardi que como un mar te invade;
qué fresco y delicioso aliento hay en tu boca,
qué efluvio agreste tiene la menta que tú traes,
qué espumoso es el vino que desborda tu copa.

Y qué feliz el agua menuda que se escurre
por la piel de tu cuello como florida arena,
y al caer de lo alto como a cristal te pule;
oh, qué gloriosa el agua que te afila y cincela
como a vaso sagrado de buena plata antigua:
al romperse en tus hombros de deliciosa greda
todo tu cuerpo joven como una copa suena.

J U V E N C I O V A L L E

Te pongo como a sello en mi corazón, estoy contigo
en el golpe de la sangre, en mi pulso te llevo;
en el sol jubiloso de la mañana te recibo,
hasta el fondo del vaso con delicia te bebo.

EN VIAJE HACIA EL ZAFIRO

(Para Olga Acevedo)

Vamos a la lejana comarca del zafiro.
Es una gran empresa; algún trabajo cuesta
llegar hasta ese límite. La jornada requiere
sentido extraterreno y, más aún que eso,
corazón de epopeya para marcar el rumbo.

Ayer fué la violeta. Vivía ensimismada,
absorta en su retiro, desencantada y triste;
pero hoy es el zafiro, serenísimo príncipe,
señorial en su silla, y coronado de agua,
como imperial señor de cielo y alba.

¿Pedirá hoy, acaso, la mano a la violeta?
¿Besará su cintura, gozará de su encanto?
¿Llegada la hora propicia a los diamantes,
en su jardín dormido de fulgurantes iris,
deseará el soberano desposar a la reina?

Pero vamos de viaje. Busquemos con esmero
los mejores augurios: algún delgado anillo.
Observemos los astros; sepamos bien que dicen
las flores; estudiemos el vuelo de las aves
o encomendemos nuestra caravana a los dioses.

Cojamos para el viaje una buena alameda,
un alado caballo, una desnuda espada,
una espuela melódica y un airoso penacho;
y volando y soñando universo adelante,
que el aire azul florezca en nuestras sienes.

Donde crece el zafiro la tierra reverbera,
el ojo queda absorto, todo pie se detiene,
la luz reconsidera sus títulos, y el hombre
—inmóvil ya de tanta tensión y maravilla—
traspasa su catedral final, y escucha.

Hasta allí llegaremos, peregrinos finales,
desafiando diluvios, tempestades, naufragios;
y ya en aquella patria lejana, cantaremos:
salid de vuestro engaste, caballero elegido,
aquí tenéis las palmas, la púrpura, la cítara.

LAUREL

Alta madre española, al hacer tu recuerdo
recurso al agua, al agua imponderable,
es decir, te separo, te preservó, te elevo,
y te saludo de azul con mi pañuelo:
madre, mesa florida, servilleta de lino,
cuchara de plaqué, mantel de trigo.

Dulce dueña de casa, me digo, poseído,
cómo seguir de nuevo la huella de tu lámpara,
cómo encontrar la sal de la familia:
el viejo sillón de paja, la cariñosa lumbre,
el pan santificado, la dirección sin miedo.
En ese tiempo sin ojos y sin bonanzas
cómo encontrar el rumbo de la casa.

Madre pastora, pienso, qué firme es tu cayado
y que húmeda tu zampoña entre los juncos,
qué amorosas y puras, madre, tus madreselvas;
qué elevada y qué roja tu pasión pasionaria.
Dolores, qué dolorida la flor de tus heridas,
qué crecidos tus ríos de arrastrar tanta lágrima.

En dónde están hoy día tus numerosos hijos,
erguidos capitanes, hombres de barba y lanza,
endurecidos caballeros que vienen haciendo historia
desde los tiempos de Ruy Díaz hasta ahora.

(Tú, Miguel de Cervantes, manco, escritor, soldado;
Francisco de Quevedo y Villegas, poeta,
Señor de la Villa de Juan Abad, que fuiste
preso tantas veces por amor y por deudas).

En dónde están hoy día tus numerosos hijos,
semidioses forjados al pie de la batalla,
Francisco, Diego, Pedro, José, Tomás, Santiago:
sólo de enumerarlos florece nuestra lengua.
Federico García Lorca, legítima bandera,
Miguel Hernández, pastor, y su ganado.

Oh madre desgarrada, te conocí en tu puesto,
bien nimbada de pólvora y de flores;
más alta que las torres de España te sentía,
madre esperanza, madre encina, madre oliva.

Sencilla, pura, hermosa, transparente,
bien vestida de patria, sobre tu voz erguida;
en qué vaso de plata, pensé, mientras te oía,
cogeré su palabra de oro y, en seguida,
en qué lado de mi corazón he de guardarla.

Oh, madre enredadera, alza tu enredadera
y extiéndela como un manto de salud por tu pueblo
—Madrid, Guénica, Málaga, Barcelona, Almería—;
cómo tocan a duelo las campanas de España
y el sol llora tu ausencia en sus dominios.

Un tropel de la muerte destruyó aquella cuna
de amamantar leones, un vendaval oscuro
aventó el nido de águilas, el odio hizo cenizas
el capital de glorias; y una mano vendida
enajenó la casa y mancilló el alero
en donde tú, la roja, cuidabas el olivo.

TIEMPO DE DUELO

Tiempo de odio y pólvora, negro y duro caballo
¿quién te salva? ¿Quién puede detenerte, oscuro bruto?
Sólo la muerte te cabalga, ella que va a su oficio;
ella te aprieta firme la espuela en los ijares,
ella, sañuda y cruel, te signa el rumbo.

La Muerte es quien te sofrena y te dirige,
y te lleva ululando por sus bajos imperios
o te infunde su fuego siniestro en las narices.
Llanto y sangre rebasan las rutas de la tierra
cuando pasa zumbando tu oscura ventolera.

(Y yo con mi estrella húmeda, silencioso universo,
cuidando de mi corazón y de mi lámpara;
de mis avenas simples: mi suavísima música;
del trozo de tierra trémula donde mi buena madre
cultivó día a día margaritas y lágrimas).

Ciego picapedrero, oh animal sudoroso,
tú alimentas la muerte y en tu grupa la llevas;
allí donde tú alientas, ella atruena y resuena,
todo es duelo y quebranto para la pobre tierra:
todo acaba debajo de ese hórrido resuello.

CLARIN

Poesía—mi fiesta—purísima doncella,
rasgad ya las sutiles vestiduras del sueño
y vestid los pesados aparejos de la guerra:
salid al campo a revistar los ejércitos
y a templar el corazón en la batalla.

Requiere en este día tus duros paramentos,
busca tus hilos sabios, tu vieja levadura,
tus encendidos bronces, tus poderosos garfios:
sepas ya de los partos violentos de la pólvora,
del sabor y la angustia de ese áspero tabaco.

A tu cuartel acude, yalzada y broquelada
avanza tu pie al borde de la espada,
entra hasta el corazón de la epopeya:
viste la augusta púrpura guerrera
y salpícate bien de fuego y aureolas.

Adelanta en tren de lucha, generala,
que tu caballo alado relinche a tu llamado;
y erguido tu penacho, airoso y rumoroso,
que tu corazón diga lo suyo, que la sangre
dé curso libre y ciego a su torrente.

Ve a ver en los heridos distritos de la nieve
la estirpe deslumbrante de la espada,
arrodíllate junto al barro de los héroes;
besa ese lecho tibio de agonía y laureles
como si en él besaras la seda de la tierra.

Escucha pasar al hombre, pon tu oreja
junto a su corazón de sangre y fuego;
atiende cómo atruenan sus pobladas escuadras,
cómo de su duro puño sale lumbre.

Contempla su airosa frente levantada,
su pecho escrito a golpes de relámpagos;
busca su orilla viva y recoge su grito:
la fiebre de sus pulmones enardecidos,
la pasión que desborda caliente de su copa
y el impulso de su corazón, nunca dormido.

Escribe con tu sangre hechos de sangre,
acciones de tierra firme, de roncás herrerías,
y acude al abordaje de la historia:
la mano que ayer vibraba en el arado,
firme hoy en la empuñadura de la espada.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

PABLO

Tu voz—alta campana—
hace la madre selva, hace el templo, la lámpara;
tu voz golpea, alumbra, quema,
ordena el desgreñado vuelo de los pájaros,
ara los campos vírgenes, teje los terciopelos;
tu lengua es la campana, el cristal, la madera,
el arado, la nieve, el salitre, la espiga.

Tu corazón herido, como un acero al rojo,
entrecruza sus húmedas espadas;
al choque de tus escudos
nos inundan los pájaros cantores,
florecen y se derraman los sonidos,
retumban las corolas,
se desbordan las copas,
Pablo.

Sencillo carpintero:
Construiste tu fábrica,
levantaste tu torre,
bordaste tu bandera.

Y sin embargo,
General y Almirante, soldado universal, modesto obrero,
tú no escribes:
tú te desbordas vasto por la tierra,
te derramas, invades los recintos,

batallas himno en boca,
te yergues, surtidor y garganta,
cantas, te multiplicas,
pero no escribes.

Pablo, Chile sonoro,
patria territorial de norte a sur cantada,
cordilleras y océanos,
emblemas tricolores, alamedas, guitarras,
delgadas mariposas.

Cómo acallar al árbol cuando zumba
desde raíz a copa,
cuando vibra de corazón herido a pájaro,
cuando tremola de verde vegetal a firmamento,
cuando canta de flor a fruto vivo.

Hoy quieren silenciar tu voz de piedra,
tu voz de iglesia al tiempo levantada,
pilares, cúpulas, campanarios;
pero no pueden.
Tu voz es tierra oscura,
barbecho germinal,
agua y lechuga.

Cómo negar su ciencia a las raíces
y desteñir el iris,
hurtar la espesa miel a la manzana
y el cobre a las espigas.

El labrador de Chile no lo quiere,
no lo quiere el minero,
no lo quiere el martillo, la viga capital, el alero
y el nido;
con toda su hermosa sangre no lo quiere
la amapola silvestre.

Pablo,
Biobío en la boca,
Chacabuco en el pecho,
esmeralda en la oreja.
Pablo, salitre, yodo, trigo y uva;
Neruda, Antofagasta, Villarrica, Lautaro
y Temuco;
Pablo araucaria, lingue, topa-topa,
alto y rojo copihue.

LA NARANJA

La naranja despunta desde adentro:
en el espacio tibio tiene un hueco:
Se inicia en sus entrañas, y qué rosa,
qué sustancia interior, qué mar alzado
si en la mano turbada centellea.

El ojo enamorado la persigue,
la ensalza cuesta arriba, se le arrima;
el deseo la hiere, el débil labio
la toca tropezando, la rodea
la mano que anhelante la descuelga.

Ay, niña de mi amor, labio de fruta,
diente blanco que ríe agradecido,
lengua húmeda de trópico y lechuga,
paladar de las diez de la mañana,
río de sed, de miel y de saliva.

Alta estación solar, ardida era
—el caballo relincha, el gallo canta
y el toro irrumpe con su río de oro—
nudo del aire, espacio sensitivo,
campanario de gotas temblorosas.

La naranja está llena de marfiles.
Florece donde pura se establece,
y qué flor tan real, qué melodía
tan llena de rubíes, qué sistema
de surtidor dormido en patio viejo.

Qué apretada la veo, qué dureza
de mineral ardiente le descubro;
qué inflamada la encuentro; qué ceñida
a su teclado de oro, qué madura
para morir entre garganta y lengua.

TEMPLE

Soldado,
en dónde está tu penacho
y tu caballo blanco de raptó y sobresalto,
tu espada templada al frío;
en dónde está tu entereza, soldado,
y tu acicate y tus dientes.

Aquí están mis heridas,
 mi pálido y tembloroso alimento,
 todas mis duras armas;
 mi alma silenciosa y valiosa,
 mis estandartes, mis cartas, mis títulos mayores;
 aquí, en el costado altivo,
 en el principio de la sangre,
 en el vaso mayor de mí mismo.

Aquí está mi cicatriz honrosa,
 mi pecho de cristal, por donde asoma
 mi corazón en copa
 sosteniendo la palma
 de su alta levadura.

Voy andando y la luz me decora,
 me vuelve transparente;
 a veces, tan frío como el frío,
 y otras, como un incendio helado
 que permanece.

Montado en mi comando,
fluyente, melancólico, invadido,
como entre verdes silbos,
de Dios en Dios me muevo.

Y qué dulce vaivén de laberinto;
oficial de la luz, muevo mis hilos,
extiendo viejos toldos,
me quemó totalmente
de raíz a racimo.

LA NIÑA

En esa áspera tierra ¿cómo vives?
¿Cómo florece tu corazón trascolocado?
¿Cómo sueñas sin el beso de las estrellas?
¿Cómo duermes sin la luna en el lecho?

¿Cómo juega la pluma en el espacio
si no hay un alto puente para ella?
¿Un caracol para sus talones vivos,
un hilo para la golondrina?

Hasta la olvidada col te aventaja
y tiene un moño apretado y siete vestidos verdes,
un cántaro que le echa agua pura,
un sapo que canta para ella.

Para otros ha sido la llave azul, el ala,
el faro de color, la herradura,
el trébol de cuatro hojas, la abeja melodiosa,
el espacio sin nubes, la campana.

Eres tan blanca ¿tienes leche en las venas?
Tan pálida ¿tienes nieve en las uñas?
Y tan dulce ¿son de azúcar tus dedos?
Tan trémula ¿te va una nube adentro?

En cada vaivén de flor se te cae una lágrima,
se te desprende un brote de primavera,
un hondo suspiro;
el alba no llega a tu ventana,
la paloma no come en tu mano.

HISTORIA DE LA ROSA

Quiero estudiar la rosa. Levantarla encendida
de su húmedo sueño. Que hasta nosotros llegue
movida por el alba; mojado por el fuego
su espumoso vestido. Que hasta nosotros venga
alta en su señorío. Los hombros tumultuosos
y el pecho zozobranante en su real marea.

Y que hable. Que desate su lengua. Que nos cuente
la historia de sus iris. Que diga en qué poblado
le dieron la corona; qué temblorosos dedos
le arreglaron el pelo; qué vasos ignorados
le vaciaron un día ese furioso océano
de luz pétrea y ardiente en que navega.

Digo rosa y escucho. Allí está ella creciendo;
digo rosa y me quema su dulcísimo nombre;
mis amigos me preguntan en qué balcón desborda,
en qué pira se inflama, qué feliz tren la lleva.

Rosalía me dice: «dame esa dulce estrella».
Desde un lugar de América Pablo me pide señas.
D'Halmar, para encontrarla, navega tierra adentro.

Yo les contesto a todos: aquí mora la rosa,
aquí pone su lámpara, aquí sus vestiduras:
bajo este oculto cielo se duerme bajo llave,
aquí se despereza flechada por el día.

Lo sé yo porque ando vestido de blancura
y soy madrugador; porque para eso tengo
el ojo en la ventana; porque atisbando he visto
sus rojas antesalas; porque junto a la rosa
abrí un día los ojos. Porque por ella escribo.

La historia de la rosa es simple como el hilo.
Está escrita en el aire (yo que soy jardinero
lo sé por experiencia). Nació del agua viva.
La luz le dió su sangre, el viento azul el ala.
Nació la rosa un día de diciembre, y nacieron
con ella las espumas. Oh, la rosada rosa,
nacieron junto a ella corderos y campanas.

Esto la hace sentirse signada, le da títulos,
la viste de laureles, la embalsama de polen,
la empuja incontenible, escala y puente arriba.
La rosa en su rosáceo rosedal, ah, la rosa
irrumpiendo orgullosa de su rosado nido.

Alrededor de la rosa las cosas hacen ronda;
forman legión, se esparcen, caen y se levantan;
el agua cac al agua, la rama da en la rama;
minúsculas floraciones se aproximan unánimes,
cantan en semicírculos, lloran bajo la rosa,
hundida la faz en tierra la proclaman «Señora».

La rosa está en su tallo, es decir en su torre;
en su alto paraninfo reina la iluminada.
Arriba el cielo azul, muy alto y muy profundo,
la aplaude sin oírla—el hombre escucha mudo—
caen anillos rubios, pasa una sinfonía,
la tierra hincha su seno, se detienen los pájaros.

RAIZ

Yo te sé desde el fondo oscuro, en donde apenas
comienzan a despertar los peces fríos
y el sonido de la campana llega muerto
y el agua está apegada a la costra de la tierra.
Ahí donde se inicia el borde de la sílaba,
desde el arranque mismo de la uña
hasta el remate delgado de la ola.

Ahí encuentro tu estación, alto diamante,
 cojo tu largo espejo y lo disperso en hebras;
 y arroz me digo, arroz caído de repente,
 porque me empuja un río de poderoso cuerpo
 y una fiebre imperial que sopla hasta en mi pelo
 me inunda de emanaciones como a un huerto.

Ahí me mojo las manos, y qué bien me salpico
 las sienes con sal y harina líquidas;
 quiero ser libre, abrirme el pecho e irme
 túnel, océano y territorio adentro,
 quiero alzar la mano llena de aureolas y símbolos
 y ahogarme todo entero en ese incendio.

VICENTE PEREZ ROSALES

Digo tu ilustre nombre y es como si dijera
poderoso árbol chileno, tempestuosa epopeya
del Sur, columna de oro de esta bella casa
que tan altos títulos tiene conquistados.

Eres preclara cifra de esta difícil tierra
de hombres como de lámpara y campana;
carpinteros tenaces, obreros sigilosos,
tabla por tabla y viga a viga levantaron
el bello artesonado que ahora nos cobija.

Juan Ignacio Molina agitó el ramo vivo
de las flores de Chile; Alonso de Ovalle hizo
la «Relación Histórica del Reyno»;
O'Higgins, Capitán General y Director Supremo,
hizo libre a la patria, le dió cartas y títulos;
Manuel Rodríguez, guerrillero y montonero,
levantó hacia el azul los corazones.

Entre ellos tú, segundo descubridor de Chile,
varón de alta presencia, escogida madera,
bigote azul y libre, efigie de buen oro,
medalla olímpica de porte y de sonido
pero con tanto arraigo capital en la tierra.

Descubridor sonriente, caminante sin tregua,
como quien sigue la ruta de un túnel perfumado,
te fuiste por el extremo austral de Chile
y de allí surgiste todo vestido de agua y tierra:
el ancho pecho ungido por bandas olorosas
y la oreja poblada de húmedos rumores.

Caballero chileno, por tu temple y orgullo,
por tu don de sentir y amar lo nuestro;
montado en tu caballo de sueños desmedidos
o a pie por los caminos, del norte al archipiélago,
no hubo rincón de Chile que tú no conocieras.

Vagabundo encendido, señor de sueño adentro,
hoy tu estampa floral y patriarcal preside
la botánica azul de tus provincias:
id hacia él, chilenos, a pedir la entereza
del corazón, id en romería por ese acento
de dignidad y patria de que él era tan pleno.

INDICE

	<u>Págs.</u>
El hijo del guardabosque.....	11
Canto al agua.....	69
Sueño difícil.....	73
Agua profunda.....	79
Invitación a Millaray.....	85
Cantar de cantares.....	91
En viaje hacia el zafiro.....	97
Laurel.....	103
Tiempo de duelo.....	109
Clarín.....	113
Pablo.....	119
La naranja.....	127
Temple.....	133
La niña.....	139
Historia de la rosa.....	145
Raíz.....	151
Vicente Pérez Rosales.....	155

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO A LOS
QUINCE DÍAS DEL MES DE FEBRERO
DE MIL NOVECIENTOS CINCUENTA
Y UNO, EN LOS TALLERES
GRÁFICOS DE LA EDI-
TORIAL NASCI-
MENTO EN SAN-
TIAGO DE
CHILE

